

DEL 98 AL 98

El 98 —eso estaba claro— iba a ser un año de centenarios y conmemoraciones. Pero el hecho de que abundaran las celebraciones en torno al 98 no podía ser obstáculo para que se convocara en la Universidad de Navarra una reunión científica en la que se examinaran diferentes aspectos de lo que es ya, nos guste más o menos, una fecha ineludible de nuestra cultura.

La abundancia de eventos y la condición algo polémica que evoca la fatídica fecha de 1898 pedían, sin embargo, que la aproximación de nuestro Coloquio revistiera algún enfoque peculiar. “Del 98 al 98” pretendió ocuparse de aquella Generación —o lo que sea— pero sin quedarse en ella. Partiendo del vago consenso existente acerca de la datación de aquella crisis histórica, se quiso pasar revista al desarrollo de ciertos aspectos de la literatura hispánica entre aquella fecha y el presente, incluyendo, como es natural, el propio 98.

El énfasis recae, pues, en los contrapuntos, lo historiográfico; en el “hacerse” de la historia literaria. Interesaba subrayar todos los contrastes —de tratamiento, recepcionales, temáticos, historiográficos— que una mirada actual y atenta es capaz de descubrir en alguna faceta de la literatura hispánica de los últimos cien años. De ahí el subtítulo del Coloquio y de las presentes Actas: “Literatura e historia literaria en el siglo XX hispánico”.

Dicho planteamiento generó dos grandes bloques en las sesiones que tuvieron lugar en el campus de la Universidad de Navarra, los días 6 a 9 de mayo del 98 —espléndidos de luz y sol, en la siempre imprevisible y traidora primavera pamplonesa—: las que perseguían en primer término el esclarecimiento de fenómenos o cuestiones teóricas o supraindividuales, y aquellas otras que, sin perderla, ponían en segundo plano esa dimensión para abordar primordialmente puntos inmediatamente vinculables con su origen geográfico —literatura hispanoamericana— o con los tres géneros canónicos de teatro, narrativa y lírica.

“Historiografía e historia literaria” abre el primer bloque con una ponencia, la de Luis Iglesias Feijoo sobre “La invención del 98”, que supone un sí nada ingenuo al concepto de Generación del 98 en aras de su utilidad metodológica, no reemplazada hasta el momento por ningún otro instrumento periodizador, a pesar de una difundida alergia hacia las “generaciones”. Las contribuciones de

Juan María Sánchez-Prieto y de Leonardo Romero Tobar coinciden en su reivindicación del siglo XIX, frente a las descalificaciones heredadas por nosotros, justamente, del —permítasenos no entrar en mayores precisiones— “Noventayochismo”. El primero, historiador de la España contemporánea, señala en el nacionalismo español un triple relevo que pone en línea la Generación del 98 —historiadores e historiadores de la literatura parecen intercambiarse la pelota del incómodo marbete—, el franquismo y el marxismo sesentayochista. Pero hay otra tradición: una “tercera España” que se arraiga en cierto olvidado liberalismo del XIX, que urge recuperar. En el debate sobre la literatura nacional, Romero Tobar descubre el talante más abierto a lo no castellano de la historiografía decimonónica, por contraste con la tradición pancastellanista acuñada por Menéndez Pidal y que se impuso en el siglo XX. Hoy la historiografía literaria busca ampliarse a través de enfoques regionales, o mediante la atención a autores relegados y a las dimensiones sociales de la literatura como institución, certificando “la escritura inacabable de la historia de la literatura española”. Las ponencias de Juan Villegas y Óscar Barrero evidencian la imposibilidad de conciliar el valor histórico-ideológico y el valor estético como criterios historiográficos. ¿Cuál es el “deber ser” de una historia de la literatura? Villegas pone el énfasis en las relaciones con los subsistemas del poder y concluye, dentro del relativismo propio de la crítica posmoderna, que no tiene sentido construir historias verdaderas porque no existen; sólo hay narraciones interesadas. Remate tan lúcido como nihilista al que Villegas no deja de aportar alguna respuesta. Barrero, muy cercano a palpitantes fuentes de origen periodístico y yendo al choque, repasa “la hemiplejía progresista” que ha guiado la historia de la literatura española del siglo XX, la errónea hipervaloración de la fecha de 1975, los nacionalismos o la presión de los grupos de comunicación social.

El revisionismo de Luis de Llera se ocupa de ciertos tópicos del exilio español que, si fueron inevitables durante el franquismo, deben ahora no negarse pero sí precisarse: la acogida de los países hispanoamericanos, la España numantina que hace la transición política, el radicalismo izquierdista y republicano como sinónimo de exiliado, la datación del éxodo en 1939.

Partiendo del “dominante” jakobsoniano y de la teoría de la “resonancia”, John Kronik repasa la estimación crítica de Clarín y Galdós en el contexto de su “estrepitosa resurrección” en el mundo posmoderno de este 98 en que han vuelto a ganar lectores y estudiosos tras un relativo olvido, en especial Galdós, el urdidor de narradores inestables. David Herzberger, por su parte, analiza la labor de zapa contrahistoriográfica que desempeñó la novela del medio siglo respecto a la imagen tradicionalista de la “España eterna” del franquismo.

Muy relacionadas con estos puntos estuvieron las “Cuestiones de recepción” desarrolladas por Luis Galván-Enrique Banús y Antonio Carreño. En su

minucioso y documentado estudio, los primeros describen la dual tradición crítica existente en torno al Poema del Cid y su distinto modo de enfocar tres cuestiones: valor literario, carácter nacional e historicidad. Las distintas mediaciones recepcionales —manuales, programas, planes de estudios, las ediciones y sus prólogos, las lecturas o la ausencia de lecturas y, en especial, la autoridad de Menéndez y Pelayo y Menéndez Pidal— inclinaron la balanza hacia la dimensión nacionalista. Antonio Carreño examina el enfrentamiento hacia 1927 de dos grandes sistemas líricos, el de Góngora y el de Lope, dramaturgo entonces pero aún no poeta, que llegaría a serlo gracias a la edición de Montesinos y a su recepción por parte de Antonio Machado, Azorín, Alberti, Diego, Miguel Hernández, José Hierro.

Ángeles Cardona, aunando 98 y Modernismo, informa sobre los modos de escribir en Cataluña en la época del cambio de siglo. También en esta misma época se desarrolla el debate entre arte y ciencia que Alison Sinclair trata desde la perspectiva profundamente humana que reflejan Unamuno y Baroja en sus obras.

Las contribuciones hispanoamericanistas —“Al otro lado del Atlántico”— recorren los ecos del 98 en Puerto Rico (María Caballero), las encrucijadas del intelectual finisecular en el Nuevo mundo (Fernando Afinsa), la construcción del mito de José Martí en Cuba (Ángel Esteban), la constatación de que la narrativa argentina cuenta con un canon que funciona universalmente —Arlt, Borges, Cortázar— y otras figuras —como Mansilla— igualmente capaces de generar tradiciones en una literatura ya bien consolidada como la rioplatense (Javier de Navascués) y, finalmente, el crecimiento desde el Modernismo de los nuevos géneros de la brevedad que, con su tendencia a la metaliteratura, enlazan a la posmodernidad con un cierto regreso a la libertad del ensayismo (Francisca Noguerol).

Ya dentro de las coordenadas genéricas, Derek Gagen muestra —encarnada en Unamuno y el género chico arnichesco— la incapacidad del teatro en torno a 1898 para hacerse eco eficaz del Desastre, cuyas dimensiones sociales e individuales tardarán aún años en plasmarse dignamente en escena. Óscar Cornago se fija en la modernidad que dramaturgos y directores de los años sesenta fueron capaces de atribuir a los autores del 98 y los montajes que suscitaron en el tardofranquismo. Montserrat Alás delimita con agudeza los contornos de la comedia de humor y destaca sus potencialidades críticas y artísticas en relación con el teatro del absurdo. En la narrativa, se mantiene el examen de los contrastes y contrapuntos temporales: el cuento finisecular-modernista que analiza Carlos Mata, el “donjuanesco” recorrido de Ángel Raimundo Fernández, las “nivolas” y metanovelas —de Unamuno a Martín Gaité— que estudia Teresa Imízcoz, el sentido posmoderno de los ciclos de relatos, a medio

camino entre la fragmentación y la unidad dispersa, tal como muestra María Luisa Antonaya.

Las vanguardias, su equívoca recepción a lo largo del siglo, su desarrollo y su papel fundamental en la progresión de la lírica del XX centran las ponencias de Patricio Hernández y Rosa Fernández Urtasun. Por último, Michael Peluse aplica audazmente parámetros posmodernos en su análisis del estatuto ficcional y de escritura en *Esto no es un libro*, de Blas de Otero.

"Del 98 al 98" no es el resultado de un Coloquio exhaustivo sobre el 98 sino un conjunto de estudios que abarcan —no exhaustivamente— la literatura hispánica del siglo XX. Como es natural, el lector sabrá establecer sus propias relaciones entre unas ponencias y otras; no coincidirán del todo con las consignadas por los editores en la inevitable agrupación del sumario, pero casi con seguridad, reproducirán muchas de las cuestiones que se suscitaron en los numerosos y animadísimos coloquios que siguieron a las ponencias y que es una gran lástima no poder siquiera resumir en este volumen. Fue mérito de los participantes y por ello, desde aquí, les damos las gracias por su colaboración.

Un esfuerzo colectivo de estas características requiere la colaboración de diversas instancias que lo hacen posible y a las que es de justicia expresar gratitud públicamente. En primer lugar, a la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Navarra, a su decano, Dr. Ángel Luis González, y a su Vicedecano de Investigación, Dr. Ignacio Arellano, que apoyaron la iniciativa y obtuvieron fondos. Gracias al Gobierno de Navarra, en la persona de su Director General de Cultura, don Tomás Yerro, que acogió con generosidad la propuesta de coorganizar este Coloquio como elemento central de los Actos del 98 convocados por su departamento para el conjunto de la sociedad de Navarra. Nuestro agradecimiento va también a don José Luis Martín Nogaes, presidente del Ateneo Navarro, y a don Francisco Miranda, director del Centro Asociado de la UNED de Navarra, que se sumaron a la organización del Coloquio.

Existe otro nivel de organización —el cuerpo a cuerpo con asuntos prácticos— en el que destacaron los entusiastas doctorandos del Departamento de Literatura Hispánica de la Universidad de Navarra. Sin ellos —por torcerle el cuello al tópico— quizá se hubiera podido celebrar el Coloquio pero, desde luego, hubiera resultado un insufrible caos en lugar de los días de cortés y plácido intercambio intelectual que pudimos disfrutar gracias a ellos. No los nombramos uno por uno pero conste aquí todo nuestro reconocimiento a su generosa dedicación. Julia, Maite, Sara y Luis revisaron los textos con esmero y prontitud.

La coedición de estas Actas por parte de Rilce, Revista de Filología Hispánica de la Universidad de Navarra, la Universidad de Connecticut y la Society

of Spanish and Spanish-American Studies con sede en la Universidad de Boulder (Colorado) –editora de *Anales de literatura española contemporánea*, revista imprescindible para el estudio del siglo XX hispánico–, ha sido posible gracias al acuerdo de estas tres instituciones. De manera especial mencionamos a Luis T. González del Valle, director de la Society of Spanish and Spanish-American Studies, a quien sólo el destino, en forma de cirugía y quirófano, impidió estar entre nosotros aquellos días de mayo del 98.

Víctor García Ruíz (Rilce. Director)

Rosa Fernández Urtasun (Universidad de Navarra)

David K. Herzberger (Universidad de Connecticut)

Pamplona-Storrs, en el otoño del 98

